

Prefacio

Es posible que te suene a J. B. Priestley, sobre todo por obras de teatro como *Llama un inspector*, pero también escribió novelas y guiones y armó su propia teoría del tiempo. (Y, como más tarde me sorprendió descubrir, vivió en la misma casa de Highgate, al norte de Londres, en la que residieron Coleridge y también Kate Moss).

Pero a mí me gusto por un libro que escribió, *Delight*: una colección de pequeños ensayos en los que habla de las cosas, la gente, los lugares y las sensaciones que al autor más le llamaban, toda una refutación de la fama de cascarrabias que tuvo durante toda su vida. *Pues ya veis, ¡me gustan todas estas cosas!* «Estas cosas» incluían: las fuentes, cancelar planes para quedarse en casa (muy identificada con esto) o leer sobre el mal tiempo mientras estás metido en la cama.

Alguien me puso este libro en las manos en una época muy inestable de mi vida y me ayudó a sacudirme el polvo de la chaqueta, arreglarme el cuello de la camisa y salir al mundo de nuevo. Me ayudó a identificar las pequeñas cosas que a mí me hacían feliz: el sonido de la última

canción de un disco, que dura ocho minutos; la ruta que hace un autobús que nunca había cogido antes, o salir con las pilas cargadas después de haber estado nadando un rato en agua fría.

En 2018 las cosas parecían estar especialmente revueltas (no tenía ni idea de lo que se nos venía encima): las polémicas que surgían en las redes sociales, el trumpismo superándose a diario, el jaleo que supusieron las «negociaciones» del Brexit. Fue entonces cuando decidí volver a refugiarme en el libro de Priestley una vez más. Él dio con aquello que le hacía feliz en 1949, un año en el que el sentir de la gente en general no era precisamente optimista; un periodo de posguerra, con el racionamiento y la austeridad que conllevó, muy parecido a lo que nosotros estábamos viviendo por aquel entonces. Pensé que si un señor gruñón de Yorkshire se había tomado la molestia de sentarse a documentar sus placeres cotidianos, yo, que por defecto tiendo al cinismo desenfadado, podía hacer lo mismo, por mucho que a mi alrededor el mundo se estuviera desmoronando. Sin que importara el caos mundial o los cabreos que se me despiertan a diario (los que escuchan música sin auriculares, los correos de respuesta que se envían a todos los destinatarios, los bares que solo cobran en efectivo).

En estas páginas intento obsequiaros con esas flores que brotan en medio del desierto, el destello lila durante el crepúsculo, la suela más cómoda que pudiera tener un zapato. Una fuente de inspiración para sobrellevar el día a día sin tener que sentir la necesidad de mandarle a un amigo el gif de un contenedor en llamas ni de sentirse identificada con *El grito* de Edvard Munch.

Levanta la vista

Te voy a dar un consejo: levanta la vista. ¡Ay, la de cornisas y aleros que te habrás perdido! ¡La de cometas atrapadas en los árboles! La de altos y apuestos desconocidos de cuellos largos y esbeltos. Las nubes con forma de cerdo, ¿o es más bien un oso? O el contorno del Reino Unido, mientras siga unido. Los anuncios antiguos pintados en los laterales de ladrillo de los edificios victorianos. Los grafitis sorprendentemente ocurrentes del puente ferroviario. Las balaustradas de hierro que ascienden formando una espiral.

Si vives en el campo, contempla las estrellas y las constelaciones, o echa un vistazo a través de las ventanas de las casas de campo para ver esos estudios con las paredes forradas de libros. Si vives en la ciudad, levanta la vista para ver cómo el cristal y el acero se van elevando más y más alto. Me gusta incluso el edificio The Shard. Cuando estés en el extranjero y camines por calles estrechas y polvorientas, levanta la vista para ver los diseños de las alfombras que hay sobre las barandillas de los balcones, colocadas ahí para que se aireen.

Bajar la vista ofrece menos recompensas. Los mismos pies que llevas viendo toda la vida, aunque calces unos zapatos espectaculares. Quizá una preciosa hoja rojiza en otoño, pero levanta la vista y verás mucho más. Al levantar la vista descubrimos nuevas joyas y detalles todo el tiempo.

Tuvieron que pasar unos cuantos años hasta que me di cuenta de la estatua del escultor Antony Gormley que hay en lo alto del Exeter College de Oxford. Tuve que subirme al piso de arriba de muchos autobuses (es la mejor opción) para fijarme en los múltiples murales con mariposas que hay en Camberwell, en el sur de Londres, hasta que me enteré de que las mariposas que representan originalmente eran especies autóctonas de esa zona (levanta también la vista para ver mariposas de verdad). Mientras subía la pendiente de la montaña Snowdon, en Gales, que estaba repleta de unas piedrecitas que me dejaron las rodillas llenas de marcas, puse toda mi concentración en pensar en la cafetería que hay en lo alto para así darme ánimos. Me di de bruces con un árbol en el centro de Londres (en Hyde Park) en el que viven unos hermosísimos periquitos color verde lima. Si les ofreces rodajitas de manzana, bajan directos a picotearlas. En Liverpool, mi ciudad natal, verás otro tipo de pájaro: los Liver Birds, dos aves de cobre que miden cinco metros y medio de alto y más de siete de envergadura. Se llaman Bertie y Bella, están en lo alto del edificio Liver y se encargan de vigilar tanto la ciudad como el mar.

Levanta la vista en los almacenes de Berlín y deléitate con las lámparas estilo Bauhaus (si es que te van este tipo de cosas, como a mí). En Moscú, los famosos techos

decorados de las estaciones de metro son tan turísticos como la plaza Roja. Levanta la cabeza para seguir adelante durante una carrera complicada. Dale un respiro a los músculos de los hombros cuando te encojas sobre el teléfono sentado en tu escritorio o te vuelvas un obstáculo en mitad de la acera. A veces, lo único que hace falta para que uno se ubique es levantar la cabeza y contemplar la insoslayable inmensidad del cielo.